

algar  COLECCIÓN CALCETÍN

La bruja del pan pringao

Pilar Mateos

Dibujos de Horacio Elena





1

Palabras nuevas

El domingo por la mañana, al abrocharse su capota azul marino, la bruja vio que le faltaba un botón.

Se la puso, de todos modos, y se fue a dar un paseo por el parque.

Roque Bodoque y Quinto Jacinto estaban sentados en el bordillo de un jardín, hablando de una película que habían puesto por la televisión la tarde anterior.

—Pero mis padres no me dejaron verla, porque era de miedo —dijo Roque Bodoque—; de una bruja maligna, que regresaba al mundo después de cuatrocientos años para vengarse de la gente.

—Todas las brujas son malignas —afirmó con seriedad Quinto Jacinto.

Y Roque Bodoque asintió con entusiasmo, porque resultaba emocionante hablar de esas cosas a la luz del día, mientras el aire sacudía las palmeras y las señoras vestidas de blanco bajaban despacio por las escaleras de piedra.

—Lo que más me gustaría —dijo Quinto Jacinto— sería conocer a una bruja de verdad.

Roque Bodoque se entretenía barriendo el suelo con una rama seca y echándose el polvo en las zapatillas.

—A mí también me gustaría ver a una bruja auténtica —declaró—. Lo que más de todo. Verla como a una persona cualquiera.

Por el bordillo del jardín venía una niña haciendo equilibrios, con los brazos extendidos. Aunque el sol calentaba bastante, se abrigaba con una capota azul marino. Y le faltaba un botón.

—A mí me contaron una vez —dijo Roque Bodoque, misteriosamente— que en el pueblo de mi abuelo vivía una bruja.

La niña de la capota se detuvo junto a ellos y les dirigió una sonrisa. No llevaba aparato en los dientes. Y los ojos le brillaban como dos estrellas.

—Una bruja de manos huesudas y sonrisa malévola, con el pelo más duro que el esparto. Nadie quería encontrársela cuando se hacía de noche.

La niña seguía parada en el bordillo del jardín, como esperando a que le abrieran paso. Un flequillo de seda se le escapaba de la capota.

—¿Y tú qué miras? —le preguntó Roque Bodoque.

Ella saltó al suelo sin contestar. Dio un pequeño rodeo, esquivándolos, y volvió a subir al bordillo.

Una fila de arañitas iba siguiéndola amistosamente, arriba y abajo. Pero eso no se veía.

—Pues ya es raro —le dijo Quinto Jacinto a Roque Bodoque—, ya es raro que en el pueblo de tu abuelo hubiera una bruja. Y que en la ciudad, que hay muchísima más gente, no encontremos ninguna.

Y ni el uno ni el otro hubieran esperado que la niña aquella se atreviera a meterse en la conversación. Pero se metió.



—Eso es porque no la buscáis en los lugares apropiados —les dijo.

Roque Bodoque y Quinto Jacinto se volvieron hacia ella sin interés.

—¿A quién?

—A la bruja. La buscáis donde no está. Por eso no la encontráis.

—¿Y tú qué sabrás?

—Claro que lo sé —dijo la niña—, porque yo soy una bruja.

Y ellos se rieron sin ganas, poniendo gestecillos de desprecio y mirando para otro lado.

—Menuda tontería —dijo Quinto Jacinto.

La niña no se ofendió. Se encogió de hombros y extendió de nuevo los brazos para mantener el equilibrio.

Era más bien bajita, con la cara tostada como el pan de centeno y ojos de buena per-

sona. Hacía poco tiempo que vivía en el barrio.

Una hilera de arañitas se había parado a sus pies, formando un círculo. Pero eso no se veía.

—Tendremos que marcharnos —le dijo Roque Bodoque a su amigo, en tono de burla—, porque las brujas me dan miedo.

Y se dirigieron a las escaleras de piedra, sabiendo que la niña caminaba detrás. Allí se detuvieron a contar los peldaños y a calcular cuántos serían capaces de saltar de una vez.

—Yo me salto los nueve —le dijo Roque Bodoque a su amigo—. ¿Qué te apuestas?

Y, para no ser menos, Quinto Jacinto también se los saltó.

Se quedaron abajo, contemplando a la niña con aire de superioridad, porque ella se rezagaba todavía sin atreverse a saltar. Que si

tomaba impulso. Que si bajaba otro escalón. Por fin se dejó caer como un saco de patatas y se raspó las rodillas contra el suelo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pues vaya una bruja —dijo Roque Bodoque—. Pareces la bruja del pan «pringao».

Una fila de arañitas corrían que se mataban, escaleras abajo, para alcanzar a la niña. Pero eso no se veía. Y ella se dirigió a Roque Bodoque con expresión de intriga.

—¿La bruja de qué? —preguntó.

—La bruja del pan pringao.

—¿Y eso qué es?

—No lo sé. Eso es lo que dice mi abuelo de una vecina. Dice: «esa es la señorita del pan pringao, que mete los dedos en el «guisao».

Se reía la niña con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y se lo ha inventado él?

—Qué va, es muy antiguo.

—Dice mi madre —contó Quinto Jacinto mientras se ataba las zapatillas— que, cuando te aprendes una palabra nueva, al día siguiente vuelves a tropezarte con ella.

—¿Por dónde? —quiso saber la niña—. ¿Por la calle?

La madre de Quinto Jacinto era popular en el barrio, porque hacía de mujer-bocadillo cuando anunciaba el bar de la esquina y de mujer-caletín, algunas veces, en el escaparate de la mercería.

Roque Bodoque salió en apoyo de su amigo.

—Pues, si lo dice su madre, será verdad.

Y tan verdad era que ni siquiera hizo falta esperar al día siguiente.

En cuanto llegó a su casa, la bruja corrió a la cocina, a picotear de las patatas fritas, recién sacadas de la sartén.

—He hecho dos amigos —le contó a la hermana mayor—. Se saltan las escaleras de nueve en nueve.

La hermana mayor le dio un toque con la espumadera para que dejara las patatas en paz. Y se puso a ridiculizar su forma de hablar.

—«He hecho dos amigos...» ¿Y no puedes hablar como es debido?

Porque la voz de la bruja era tan suave que hacía cosquillas en el corazón.

—No sé adónde vas a ir tú con esa vocecita de cristal —insistió la hermana mayor—. Pareces la bruja del pan pringao.

Y la pequeña se quedó mirándola, maravillada. Porque acababa de suceder. Se había

tropezado con la palabra nueva, antes del día siguiente y en su propia casa.

—Que mete los dedos en el «guisao» —completó con viveza.

Se apoderó de otras dos patatas fritas, regateando hábilmente a la hermana mayor, y se escurrió hacia su cuarto para quitarse la capota.

—Eso ya me lo sabía —añadió.